

HISTORIAS DE LA TIERRA INCONTABLE

CÍRCULO SEGUNDO
VIAJE A LA
PROFUNDIDAD
HÁZAEI GONZÁLEZ



La Reina de los Hombres comienza a desplegar sus fuerzas sobre Nayrda, la Tierra Incontable, con la intención de exterminar a todos los seres mágicos que la habitan, y su primer objetivo son las sirenas, enemistadas con los humanos desde el principio de su existencia.

Aidarsarán, el añorado y perdido amor de Zaleha, y Zahel, otro de los Nayl, deciden ayudar a las casas sirenas a unirse de nuevo para combatir la amenaza que se cierne sobre ellas, y su viaje les conducirá al misterioso Palacio de las Noventa y Nueve Fronteras y al inhóspito Gran Océano de Hielo, en el lejano Sur, donde habitan las enigmáticas Sirenas Negras.

Y mientras tanto, Zaleha navega hacia las costas del Oeste en compañía del grupo de humanos con el que zarpó desde Tempélinon. Allí, el destino volverá a reunirla con los elfos y con los poderosos Dragones Cálidos, que habitan en el corazón de los Montes Erales, donde comprenderá que debe superar una difícil prueba para recuperar un valioso objeto del que se deshizo en uno de sus pasados, y que ahora necesita más que nunca para defender la Tierra Incontable de la guerra que se avecina.

*Este Círculo Segundo
está dedicado a Johanna Elisabeth van Heek,
y también a todo su árbol genealógico,
quienes de una u otra forma
me han sostenido y apoyado
durante toda su concepción y redacción.*

*A las muchas profundidades de los océanos
que aún no he visitado
y a las muchísimas montañas
que aún no he escalado.*

*Y, ante todo y sobre todo,
a Daniel Odier,
que lo hizo posible
gracias a su existencia.*

*Y a Tucia,
que ya no está
pero sigue ahí.*



PENSAMIENTO

Añorada Zaleha:

Aquí, bajo la tierra y sin ninguna luz, las cosas se sienten de otro modo. La vida se desliza despacio entre estas paredes heladas, y el tiempo es una ilusión.

Apenas recuerdo tu cuerpo, y ni siquiera recuerdo tu cara. Y me pregunto si caminas de nuevo por este mismo mundo que hay sobre mi cabeza y bajo mis pies, o si estarás todavía en esos otros a los que yo nunca podré llegar.

Escribo este mismo mensaje continuamente, con cada pensamiento, con cada anhelo, con cada uno de esos suspiros acuosos que se hielan delante de mi cara. Me alimento de tu recuerdo, de tu alma, de tu rostro, de tu mirada, del sonido de tu voz, esa voz que hace tanto que ya no escucho que ni siquiera sé si es real.

Hacia dónde nos lleva la vida...

No sé quién eres, pero no me preocupa demasiado. Porque son muchas más las veces que yo mismo no sé quién soy, así que en eso estamos en paz: yo te sueño y tú me ayudas a seguir viviendo, aunque quizá tú tampoco recuerdes mi cara o mi nombre.

¿Sabes acaso quién soy yo? ¿Recuerdas cómo me llamo? ¿Te acuerdas de mí tanto como yo evoco tu recuerdo?

A veces, la existencia es un laberinto...

Apenas sé quién soy, y mucho menos hacia dónde me dirijo. Pero prefiero alimentarme de tu sonrisa antes que continuar a ciegas, buscando el camino en la oscuridad.

Yo no olvido tu nombre, Zaleha, y tampoco he olvidado que te quiero. Tal vez sin demasiado sentido, tal vez sin siquiera existencia... pero te quiero.

Y te sigo buscando. Siempre.

Tuyo, siempre tuyo,

Aidarsarán

I – HACIA EL NORTE





1 – *Silencio y Veneno*

—¡Las velas! ¡Todo el mundo atento a las velas! ¡Aylea, por todos los dioses, sujeta las drizas del trinquete! ¡Yordan, baja de la coda ahora mismo y caza la mayor lo mejor que puedas! ¡Y tú, Hemnings, al bauprés! ¡Ayuda a Alemnon a arriar el foque de proa o nos partiremos en dos!

—¡Capitán, con todos los respetos, esto es una locura!

—¡Dime algo que no sepa, Zaleha! ¡O mejor, deja de decir tonterías y ayúdame a cazar la entena de la mesana!

Con los pies juntos y gesto preciso, saltó desde el palo mayor al que estaba encaramada hasta el castillete de popa, aferrando a la primera el cabo inferior, que se agitaba de una forma bastante descontrolada y peligrosa. De un certero golpe de muñeca consiguió trabarlo en la cornamusa de estribor, tirando de él hasta que se tensó como si fuese de hierro: el áspero cáñamo crujió lastimeramente, y la vela recogió el embate e hizo virar al *Silencio* todo a babor. El maderamen entero protestó con un tremendo crujido.

—¡Andrio, no seas necio! ¡El viento está cambiando demasiado rápido! ¡Tienes que ponerlo al paio, o no aguantará!

—¡No me digas cómo tengo que tratar al *Silencio*! ¡Conozco bien a mi galeón y sé que aguantará lo que tenga que aguantar! ¡Y tú, Sol, no salgas de tu camarote!

En todas aquellas jornadas navegando a través del océano, Zaleha había aprendido a conocer bien las miradas de su capitán y sabía cuándo no debía contradecir una orden, así que prefirió asegurar el cabo antes de que se le escapase otra vez de las manos. Además, ella misma sentía que no tenía ningún derecho a protestar: después de todo, pronto llegaría la segunda Luna llena desde la partida de Tempélinon, y desde entonces no habían vuelto a ver tierra

nunca más... así que era muy razonable que todos estuviesen más que nerviosos.

Aunque a pesar de todo, algo en su interior le avisaba de que estaban cerca.

En el interior, y también en el exterior, porque una tormenta como aquella solo podía indicar que no se encontraban demasiado lejos de lugares secos... o al menos eso era lo que ella creía, basándose en su propia experiencia. Se apartó el pelo empapado de los ojos, y aprovechó un ligero contragolpe del viento en la vela para asegurar el cabo con tres rápidas vueltas y un firme as de guía. Al menos había una cosa segura, y era que la entena de la mesana ya no iba a moverse, a menos que el viento se volviese tan fuerte como para arrancar la cornamusa de cuajo... lo cual, desde luego, no era demasiado consuelo.

Beneficiándose del efímero golpe de calma, aprovechó para ir caminando por la cubierta y llegar hasta donde se encontraba Aylea, que estaba luchando como podía con los cabos sueltos del velamen del trinquete. Casi sin pensarlo, Zaleha aferró en ballestrinque un cabo de esparto a una bita para poder sujetar mejor la tela, que no paraba de dar latigazos, y sonriendo se lo tendió a la humana, con la intención de que eso pudiese hacer su tarea un poco más llevadera.

—¡Gracias! —La robusta mujer gritó con energía, sujetándose el pañuelo que intentaba sin demasiado éxito proteger su cabeza de la fina lluvia que estaba empezando a caer.

—No es un buen sitio para las mujeres, ¿verdad?

—¡Ni tampoco para los hombres!

—¡Ola! ¡Ola de popa!

Zaleha reaccionó a tiempo. Su muñeca se enroscó en torno al cabo que acababa de sujetar, y saltando hacia delante, aferró a Aylea por la cintura justo antes de que toda la cubierta escorase de forma bastante peligrosa. La humana pudo ver cómo unos cuantos barriles salían volando por

el aire para hacerse pedazos contra la proa en cuanto la montaña de agua pasó de largo y el barco cabeceó hacia el lado contrario.

Y cuando finalmente el *Silencio* regresó a una posición relativamente plana, Zaleha volvió a recuperar pie y soltó a la humana, dejando escapar un suspiro de alivio.

—Gracias otra vez, Zaleha. Te debo la vida demasiadas veces ya.

—No me debes nada, Aylea. Esto no es fácil para nadie, créeme... Anda, rematemos este cabo antes de que venga otra. A saber dónde nos estaremos metiendo ahora.

La sincera sonrisa de la humana la hizo sonreír también a ella. Aylea, la abnegada e imparabile viuda que cuidaba tan bien de su pequeño Sol, una de las primeras víctimas de aquella absurda guerra. Aunque en realidad, todos aquellos humanos eran víctimas, y por eso ella los acompañaba en busca de algo mejor, algo que tal vez sería una fantasía o un problema todavía más grande...

Pero sobre todo, lo que más preocupaba a Zaleha era la seguridad, la seguridad de todos ellos, porque sabía de sobra que apenas podían orientarse en aquel océano, y mucho menos respirar bajo el agua o sobrevivir sin comer o dormir tanto como podía hacerlo ella misma. Porque ellos solo eran humanos, humanos esforzándose por conseguir una oportunidad para vivir sus propias vidas, luchando por su derecho a existir lejos de conflictos que no eran suyos...

En otro tiempo, ella les había odiado, pero ahora había aprendido a admirarlos: admiraba su fuerza y su deseo de sobrevivir, su tenacidad y su perseverancia, y también su paciencia. Admiraba el esfuerzo con el que Aylea ceñía de nuevo la vela al mástil, con el ímpetu de diez marineros experimentados, y la necesidad de sobrevivir como único estímulo.

—¡Zaleha, te necesito ahora mismo!

—¡Pues ven a sujetar tú este cabo, maldita sea! ¡Tengo dos cuerpos, pero no puedo estar en dos sitios al mismo

tiempo!

—¡No te necesito yo, te necesitan en la bodega!

—Hombres... —Suspiró profundamente, moviendo la cabeza en un gesto burlón.

Si había algo que asustaba de verdad al capitán del *Silencio*, capaz de maniobrar a ciegas en el ojo de una tormenta y de deslizarse por entre escollos jamás cartografiados, eran las quejas de una mujer embarazada. Aferró un nuevo cabo a la cornamusa del trinquete y desde allí ató uno más fino hasta la cintura de Aylea, sujetándola con un nudo holgado pero bien firme. La humana se dejó hacer, confiando más en el criterio de su compañera que en el suyo propio, y pudiendo constatar instantes después que aquella precaución había vuelto a ser de mucha ayuda cuando una ola barrió de nuevo la cubierta.

—¿Se puede saber qué sucede ahora, capitán?

—¡No me fastidies, Zaleha, y borra esa sonrisa de tu cara! —A pesar de que el enfado de él parecía auténtico, ella se limitó a sacarle la lengua con burla—. Parece ser que Shilenya no lo está pasando demasiado bien.

—Qué sabrás tú de mujeres... ¿Qué pasa esta vez?

—Se queja sin parar, y dice que te necesita.

Zaleha descendió la escalera de popa con un único salto, pensando que las cosas no estaban para demasiados miramientos. Sí, era más que cierto que aquel barco era impecable, y que quien lo había construido sabía del tema y había pensado en todos los inconvenientes a los que podían enfrentarse en una travesía larga y complicada como la que estaban llevando a cabo en ese mismo momento. Tanto los mástiles como el resto del maderamen eran de una madera asombrosa, flexible y recia al mismo tiempo, y la estilizada línea unida a la facilidad del aparejo hacían del *Silencio* un verdadero pez volador...

Pero la tormenta no había hecho más que empezar, y las referencias que las estrellas habían ofrecido durante las últimas noches no eran lo suficientemente convincentes como

para corroborar sus demasiado vagos recuerdos acerca del antiguo Paso del Norte... y Shilenya sufría, de eso no había duda, aunque Lirond estuviese siempre junto a ella dándole calor y energía con su propio cuerpo. Al filo de la primera Luna llena, Hemnings había propuesto conseguir una buena ración de carne fresca gracias al sacrificio del caballo, pero cambió de idea en cuanto Zaleha sugirió la posibilidad de arrancarle el hígado con sus propias manos.

—Buenas tardes, señorita. ¿Cómo va eso?

El gemido de dolor fue suficiente para que Zaleha comprendiese que iba en serio, aunque Shilenya era una chica joven, quizás demasiado joven para ser madre todavía... pero de lo que sí estaba bien segura era de que algo no iba bien en su embarazo. Ya había tenido tres faltas cuando embarcó en Tempélinon, y al principio todo había ido bastante bien, pero desde la pasada Luna llena no había parado de quejarse y siempre parecía estar muy asustada. Zaleha intuía que los dolores y el miedo ocultaban una angustia más profunda que la que le ocasionaban las complicaciones de una gestación, a pesar de que ella no tenía demasiada experiencia en casos como aquel... y sin embargo, la humana siempre insistía en que ella era la única capaz de comprenderla por completo, incluso más que la experimentada Aylea. Y por eso le pedía ayuda constantemente, siempre recostada contra el cuerpo de Lirond y sin salir de la bodega, a pesar de que allá abajo los efectos de las olas se ampliaban de forma considerable.

—Me duele...

—Vamos a ver, déjame ver esa prodigiosa barriga tuya.

—Con delicadeza, retiró las amplias ropas que cubrían el cuerpo de la humana, guiñándole un ojo al caballo—. Vaya, cada día está más grande. Sin duda, vas a traer al mundo a un enorme bebé.

—Será una niña, ya lo sabes.

—No, yo no lo sé. Lo que me sorprende es que tú ya lo sepas, pero, a fin de cuentas, eres tú quien lo lleva dentro.

—¡Ay!

—Eh, no te asustes: solo intento darte un poco de calor. ¿Exactamente, dónde te duele?

—Aquí debajo. Y aquí también.

—Ojalá tuviese a mano alguno de los remedios del mago... —La muchacha suspiró, mientras masajeaba delicadamente las zonas que Shilenya le había indicado—. En este maldito barco solo hay aguardiente.

—Sí, y tú no me dejas ni probarlo.

—¡De ninguna manera! Estoy más que convencida de que le haría daño al bebé, y eso no voy a consentirlo.

—No, yo tampoco. —La embarazada sonrió con cierto esfuerzo, mientras se acariciaba la barriga—. Te aseguro que no te engañaría tomándolo a escondidas, de verdad.

—Ya lo sé. Además, no puedes engañarme, porque Lirond me lo diría. ¿Verdad que sí, amigo?

Con un relincho suave, el caballo movió la cabeza y sacudió ligeramente las crines. Hacía ya demasiadas noches que no podían hablar, ya que, a pesar de los continuos balanceos, aquella improvisada cuadra llena de paja era sin duda el lugar más cómodo para una humana embarazada. Y además, Lirond lo había comprendido de inmediato, ya que desde el primer momento había querido servirle de apoyo a Shilenya, y allí permanecía durante muchísimo tiempo sin estirar siquiera sus entumecidas patas. La crin se le había deslucido bastante, y a veces le lloraban los ojos y se le reseca el hocico, pero él se negaba a moverse de su posición. Zaleha le rascó entre los ojos con gesto amoroso.

—Pobrecito. Hace tanto que no te cepillo...

—Es un caballo extraordinario, de verdad. Sé que es una tontería, pero... a veces creo que comprende todo lo que le digo.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Eso no lo dudes, muchacha!

Lirond le devolvió la sonrisa, dándole a entender sin palabras que todo estaba bien. Ya llegaría el momento de vol-

ver a charlar juntos en lengua *aymarda* sin tener que preocuparse de oídos indiscretos... y mientras tanto, él seguiría allí, junto a la humana embarazada, mientras ella le revelaba secretos que nadie más conocía y que él imaginaba que jamás volvería a contar, tal vez ni siquiera a su futura hija. Mojándole el hocico con un paño húmedo, Zaleha le dio las gracias en silencio.

—¿Te encuentras mejor, Shilenya? —pasó otro paño por la frente de la humana, refrescándola y arrancándole por fin una tímida sonrisa.

—Sí, ahora sí. Creo que se ha calmado un poco... Son tus manos.

—Mis manos también son necesarias en cubierta, cariño. —Amplió la sonrisa y le besó la frente—. Vamos hacia una tormenta, y hay mucho que hacer. Tienes que respirar y tranquilizarte, Shilenya: no puedes hacer otra cosa.

—Ya lo sé... No me queda otro remedio, ¿verdad?

—No seas tan dramática, humana. Cuando contemples la risa de tu hija se te olvidarán todas estas penurias, ya lo verás.

—Zaleha... —ella le tiró de la manga con urgencia, mientras sus ojos reflejaban aquel miedo profundo mezclado con angustia largamente macerada—. Nacerá, ¿verdad?

—Sí, nacerá —afirmó con rotundidad, mientras le besaba la frente—. Te lo prometo.

Una vez más, no pudo evitar pensar en la extraordinaria fortaleza que mostraban los humanos aún en situaciones tan difíciles como la que estaban viviendo. Estaba bien claro que aquellas criaturas poseían una tenacidad y una fuerza impresionantes, aunque más a menudo de lo deseado esas cualidades se volvían contra ellos mismos convirtiéndolos en seres corruptos y envidiosos, sedientos de poder y de sangre... Recordó las palabras del mago: «Los humanos están enfermos»... y antes de que pudiera seguir pensando, una nueva ola la empapó de pies a cabeza en cuanto asomó la cabeza por la escotilla de cubierta.